

Los exiliados en México

Juan García Durán

La llegada en masa de los refugiados republicanos a México, así como a otros países de América Latina, fue, desde los tiempos de la colonización, el hecho más significativo en la influencia española en América.



Dieciséis mil hombres, cuatro mil mujeres y ocho mil niños formaron numéricamente la emigración republicana a México entre 1937 y 1950. «Por primera vez, los españoles vienen a América sin el deseo de conquistar nada», se escribió por entonces. (Vemos sobre estas líneas un aspecto de la cena con que —el 14 de abril de 1944, en Ciudad de México— la colonia exiliada quiso conmemorar el XIII Aniversario de la República.)

El presidente Cárdenas, que fue el alma de la ayuda mexicana a la República y, luego, a los refugiados, declaró cuando la derrota era evidente: «**México será una nueva patria para aquellos que luchan por la libertad y nunca aceptarán la tiranía**».

Esta promesa se mantuvo íntegra durante cuarenta años en que México reconoció al Gobierno Republicano en el exilio, colocando por encima de todo interés de Estado la solidaridad con la España republicana. Así pues, la política de Cárdenas fue seguida por todos sus sucesores hasta que España eligió una política democrática.

Aunque la decisión de Cárdenas fue primordialmente idealista al abrir sus puertas a los republicanos, su altruismo no estuvo exento de pragmatismo, como puede verse en su «Informe al Congreso», en el cual argumenta sobre las ventajas que para México representarían tanto los intelectuales como los trabajadores españoles, habida cuenta de su capacidad y pericia.

El número de refugiados hasta

1950 fue de 16.000 hombres, 4.000 mujeres y 8.000 niños, según Mauricio Fresco, cónsul en Francia, que tuvo parte activa en los traslados a México, y once años más tarde lo relató en un interesante libro cuyo título muestra el doble objetivo de salvar a unos hombres que, a su vez, ayudarían a México en la formación de cuadros de dirección: «**La emigración republicana española: Una victoria de México**».

Los primeros refugiados fueron 500 niños que llegaron a México en junio de 1937, y fueron instalados en Morelia, en la «Escuela España - México». Desde entonces se les conoció como los «niños de Morelia».

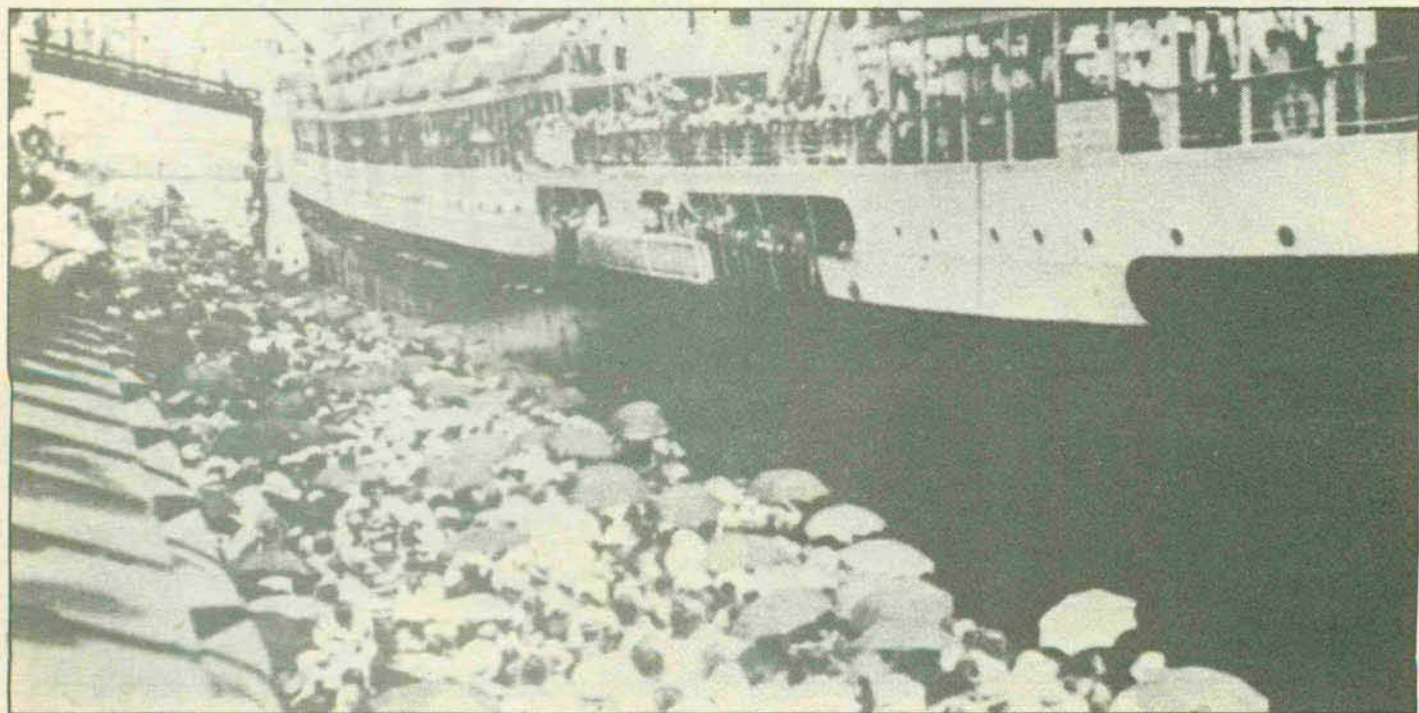
Aunque, en general, todos fueron bien recibidos, Fresco dice en su libro: «La presencia de los emigrantes (nótese que no dice refugiados) republicanos en México provocó ataques de dos grupos bien definidos: los miembros de la antigua colonia española (los gachupines) y los mexicanos de ideas adversas a la República Española».

Por primera vez llegaba a México una masa migratoria cuyo

objetivo no era hacerse ricos a fuerza de sacrificios y privaciones, y cuyo bagaje intelectual era muy superior, no sólo al tipo medio de emigrante, sino incluso a la clase alta del país.

Los recién llegados solían llamar a la antigua colonia española «La otra España». Y, en realidad, aquéllos eran cuanto hay de más diferente, comparados con los que no habían venido a hacer fortuna, ni pensaban en ello, ya que su vocación e ideas les conducían por diferentes senderos. Así, el «**Boletín al Servicio de la Emigración española**» decía: «Por primera vez, los españoles vienen a América sin el deseo de conquistar nada. Simplemente vienen a vivir y a trabajar en paz y en libertad».

Desde el primer día, dos objetivos parecen haber dominado en la línea a seguir: no intervenir, en absoluto, en la política del país, y demostrar que ellos eran lo mejor de España, sobre todo comparados con los «gachupines». Tan es así que León Felipe (poeta del exilio por excelencia), en «**El español del éxodo y del llanto**», dice refiriéndose a la



Los primeros refugiados fueron quinientos niños que llegaron en el «México» a Veracruz el 13 de junio de 1937, momento que recoge la imagen. Serían conocidos como los «niños de Morelia».



Desembarcaban los republicanos españoles en México —como estos integrantes de la expedición del «Sinaia»— con el único deseo de vivir y trabajar en paz y libertad.

vieja colonia a la vez que a «la otra España»:

«¡Miradla todos! ... Está muerta... [ta...

¡Miradla!

¡Miradla!

Los que habéis vivido siempre [arañando su piel,

removiendo sus lagas, vistiendo sus harapos,

llevando a los mercados, ne-

terciopelos y lentejuelas, esca-

[pularios y cascabeles...

y luego no habéis sabido conservar este viejo negocio que

[os daba pan y gloria quisierais que viviese eterna-

[mente... ¡Pero está muerta!]

Pero la acusación se convierte en canto cuando se dirige a «los españoles del éxodo»:

«Español del éxodo y del llanto, escúchame:

En nuestro éxodo no hay orgullo como en el hebreo. Aquí no viene el hombre elegido, sino el

hombre. En nuestro éxodo no hay saudade tampoco, como en el celta. No dejamos a la espalda ni la casa, ni el archivo, ni el campanario. Ni el mito de un rey que ha de volver. Detrás y delante de nosotros se abre el mundo. Hostil, pero se abre. Y en medio de este mundo, como en el centro de un círculo, el español solo, perfilado en el viento. Solo con su Arca. Y dentro de este Arca, su llanto y la Justicia derribada ¡La Justicia! La única justicia que aún queda en el mundo (las últimas palabras de Don Quijote, la esencia de España). Si estas palabras se pierden, si esta última semilla de la dignidad del hombre no germina más, el mundo se tornará un páramo. Pero para que no se pierdan estas palabras ni se pudra en la tierra la semilla de la justicia humana, hemos aprendido a llorar con lágrimas que no habían conocido los hombres.

Espanoles:
el llanto es nuestro
y la tragedia también,
como el agua y el trueno de las [nubes.

Se ha muerto un pueblo,
pero no se ha muerto el hom- [bre...].

La dedicatoria del libro dice: «Al ciudadano Lázaro Cárdenas, presidente de la República Mexicana, y fundador y presidente honorario de La Casa de España en México. Homenaje de gratitud».

El primer proyecto de los universitarios, nacido ya en Francia, fue la creación de un «Centro de Estudios de las Culturas del Continente Americano».

Los autores del vasto plan solicitaban de las instituciones culturales norteamericanas un apoyo material indispensable para realizar tal empresa. Quizá por lo muy vasto del proyecto y los grandes recursos que pe-



«México será una nueva patria para aquellos que luchan por la libertad y nunca aceptarán la tiranía», había dicho el presidente Lázaro Cárdenas (en la foto).

dían, nunca pasó de proyecto.

Luego se intentó la creación de un Instituto de Estudios, con un carácter similar al de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que tan buenos resultados diera en España.

A pesar de que el número, así como la capacidad de los universitarios españoles, era más que suficiente para tal obra, tampoco llegó a cuajar.

Y aquí terminó el último intento de llegar a crear algo con medios propios y vida independiente.

En realidad, era lógico suponer que México nunca apoyaría tal tipo de proyectos, ya que su primer interés estaba en asimilar y «mexicanizar» estos intelectuales, empleándolos en las universidades e institutos que, en definitiva, fue lo que hicieron.

Al terminar la guerra, en 1939, había 305 catedráticos titulares en España. De los cuales más de la mitad se exiliaron o fueron detenidos. La mayor parte se fue a México y, entre ellos, cinco rectores.

El número de profesores universitarios que salieron de Es-

paña fue de 218. El de profesores de Instituto, encargados de curso y cursillistas asimilados a catedráticos, fue de 113.

El de profesores de Escuelas Normales e inspectores de enseñanza, fue de 37.

Estos, y otros hombres de letras y ciencias, formaron la «Unión de Intelectuales Españoles», la «Agrupación de Universitarios Españoles», la «Agrupación de Escritores y Periodistas en el Exilio», la «Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero», el «Ateneo Español de México» y otros centros e instituciones de tipo regional.

El «Ateneo», con sus secciones de «Artes Plásticas», «Ciencias», «Filosofía, Economía e Historia», «Cine, Teatro, Música y Radio», y «Actividades Culturales de carácter general», desarrolló una gran labor cultural. Por su tribuna pasaron eminentes conferenciantes; se organizaron exposiciones de pintura; se proyectaron películas de diverso carácter; grandes poetas leyeron sus poemas, y escritores hablaron sobre sus libros.

La labor cultural más visible y efectiva fue la realizada por la «Casa de España-Colegio de México» que, además de la exce-

lente enseñanza impartida, dio profesores universitarios, empezó a publicar los primeros trabajos de los intelectuales españoles y ayudó en la creación, en mayo de 1940, de la Editorial Tezontle, dedicada a trabajos literarios fuera de lo programado en el Colegio.

Sin duda alguna, la labor más eficaz y próspera, en el orden cultural, fue la del libro. La creación de editoriales tomó en muy poco tiempo grandes proporciones.

Fondo de Cultura Económica, fundada en septiembre de 1934 por un grupo de mexicanos, tenía como objetivo la traducción y distribución de libros dedicados a las ciencias económicas. Así se mantuvo hasta que España, a causa de la guerra, dejó de abastecer el mercado que mantenía en toda América Latina. Fue entonces cuando la necesidad y la oportunidad de ganar este mercado, a la vez que la afluencia de escritores, traductores y técnicos del libro que llegaban en el momento justo, llevó a esta editorial a ampliar sus actividades y dedicarse a publicar libros de historia, ciencias, sociología, antropología, política, filosofía y derecho.

Entre los españoles que más activamente cooperaron en esta



Una España «presente en el recuerdo» y un México «presente en la esperanza» fueron cantados por el poeta exiliado Pedro Garfías —al que contemplamos— con emoción.

tarea, merecen mencionarse: José Gaos, Wenceslao Roces, Joaquín Díez Canedo, Manuel Pedrosa, José Alaminas, Sindulfo de la Fuente, Eugenio Imaz, Francisco Giner de los Ríos, Juan Comas, José Medina Echevarría, Vicente Herrero, Ramón Iglesias, Javier Márquez y Julián Calvo.

El número de editoriales creadas por los españoles pasa de cincuenta y, aunque ninguna llegó a tener la importancia de Fondo de Cultura Económica, algunas son muy buenas tanto por la calidad de sus publicaciones como por su número.

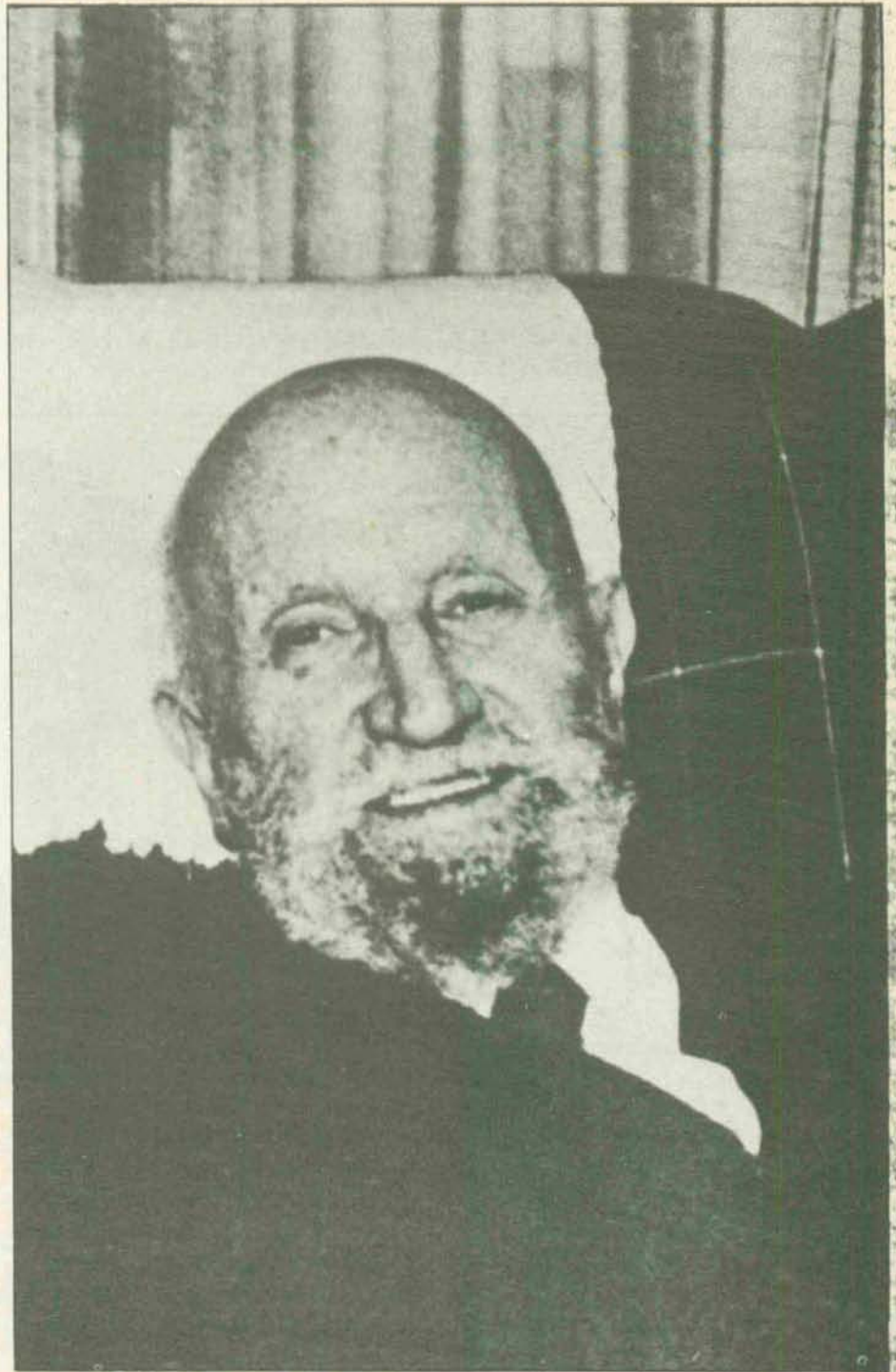
Del impulso dado al libro con la llegada de los exiliados, da una buena idea lo siguiente: En 1950 se habían publicado 2.250 libros en las más diversas materias y se habían traducido 1.600.

Una de las primeras preocupaciones del Servicio de Emigración para Republicanos Españoles SERE, creado en París en 1939 y de influencia negrinista, fue la creación de colegios para los hijos de los refugiados. Así, en agosto de 1939, se abrió el Instituto Luis Vives para enseñanza primaria y secundaria. Pocos meses más tarde, la Academia Hispano-Mexicana.

En 1941, la Junta de Auxilio a los Refugiados Españoles (JARE), de influencia prietista, fundó el Colegio Madrid. Durante el primer año, ofreció a sus alumnos la comida de mediodía en la cantina.

Además de éstos, situados en la capital y con capacidad para cerca de tres mil estudiantes, se creó la Fundación Cervantes, que estableció colegios en Tampico, Torreón, Córdoba, Veracruz y Texcoco.

Ello permitió que casi todos los niños recibieran una educación española. La orientación de estos colegios estuvo basada en la filosofía educacional de la Institución Libre de Enseñanza, que tanta influencia tuvo en la *formación cultural* española.



León Felipe es el poeta por excelencia del exilio español. Su nombre está, además, unido a múltiples iniciativas culturales surgidas en tierras latinoamericanas.

El éxito de estos colegios fue muy superior al de sus equivalentes mexicanos, ya que más del 90 por 100 de sus estudiantes siguieron carreras universitarias.

Así, los jóvenes que recibieron su educación en los colegios hasta los años cincuenta, mantuvieron su identidad española que ya no se borraría jamás; pero los que iniciaron su educación a partir de estas fechas,

fueron ya mucho más influenciados por el ambiente mexicano y su «mexicanización» fue más rápida.

Los 225 médicos que emigraron a México se preocuparon ampliamente por sus compatriotas y, con ayuda de la JARE y el SERE, fundaron el «Centro Médico de Especialidades», el «Centro Médico - Farmacéutico», la «Benéfica Hispánica» y el «Sanatorio».

El sentido de solidaridad entre todos los españoles fue siempre excelente y ninguno se sintió solo o desamparado.

La cantidad de publicaciones periódicas de tipo político fue considerable, pero nos limitaremos a mencionar las de carácter literario, científico y cultural.

La primera, y la que tuvo más aceptación, fue «España pere-

grina» (1), patrocinada por la Junta Cultural, cuyos medios económicos provenían de Negrín. Sus fundadores fueron José Bergamín, Juan Larrea, León Felipe, Juan Rejano y otros. Cuando las dificultades de tipo económico amenazaban su existencia, León Felipe y Larrea se dirigieron a Jesús Silva Herzog, director de la Escuela de Ciencias Económicas. Este,

«Romance» fue otra publicación que durante algún tiempo tuvo muy buena acogida por lo selecto de los colaboradores. Hace algunos años se ha reimpresso a un precio muy alto. Luego hubo tres más en que, aunque con mucha colaboración española, casi siempre predominó la colaboración mexicana: «Tierra Nueva», «Hijo Pródigo» y «Taller».



Tanto en «España Peregrina» como en «Cuadernos Americanos» (hoy la mejor revista de Latinoamérica), tuvo un papel esencial Juan Larrea, aquí en foto actual.



Juan Rejano, fallecido recientemente, sería otro de los intelectuales españoles exiliados que dejaron un recuerdo indeleble en su paso por la vida mexicana.

en vez de darles lo que pedían, les propuso la creación de otra revista más amplia e importante, en la que cooperarían mexicanos y españoles. De esta forma nació la que hoy es la mejor revista latinoamericana, «Cuadernos Americanos», que lanzó su primer número en enero de 1942. Su director fue Jesús Silva Herzog, mexicano, Juan Larrea y Bosch Gimpera, españoles, fueron secretarios.

Otra publicación, que había visto sus primeros números publicados en España y cuyo director sería Francisco Giner de los Ríos, fue «Litoral», que tenía un carácter literario y que tuvo muy corta vida.

(1) Véase TIEMPO DE HISTORIA, núm. 35: «Cultura y exilio (La revista «España Peregrina»)», por Francisco Caudet.

Un poco más tarde, en octubre de 1946, y con un objetivo un tanto diferente, apareció «Las Españas», que declaró como propósito «el contribuir a la cultura española desde el exilio y ayudar en la labor de liberar el país». Para ello dedicaba su mayor esfuerzo a la tarea, no fácil, de introducir la revista en España. Como su título indica, propugnaba una solución de tipo federal, en la que cada pueblo disfrutara de una autonomía dentro del conjunto ibérico. Aunque salió irregularmente, su presentación mantuvo siempre cierta altura. Contó con buenos colaboradores, entre los que destacaba León Felipe, José Bergamín, Luis Nicolau d'Olwer, Fernando de los Ríos, Juan Rejano, José María Gallegos Rocafull,

Benjamín Jarnés, José Moreno Villa, María Zambrano, Juan José Domenchina, Agustín Bartra, Herrera Petere, ...

Habida cuenta del constante contacto que mantenían con España y de que casi todos los fundadores eran miembros del Frente Universitario Español (FUE) con ramificaciones clandestinas dentro del país, «Las Españas» siempre pulsó de manera más realista la verdadera situación política. Así, fue de las primeras plataformas en proponer una verdadera reconciliación nacional y olvidar el numantínismo republicano heroico. Debido a esta orientación, y a partir de 1956, se llamó «Diálogos de las Españas».

Aunque se continuó observando la regla de oro de no intervenir en los problemas políticos mexicanos, bastantes arti-

culos aparecieron en «Cuadernos Americanos» y en «Romance» defendiendo el «indigenismo», que Cárdenas vino a promover y que, en líneas generales y aun siendo sincero, tenía una buena carga de anti-hispanismo.

El «hispanismo» fue siempre defendido por la vieja colonia profranquista y por la reacción mexicana.

A pesar de esta simpatía hacia el «indigenismo», uno de los problemas que los intelectuales abordaron con más entusiasmo fue el de la unidad espiritual hispano- americana. Daba fuerza a esta actitud el hecho de que el trabajo y la investigación en común eran posibles; el que la solidaridad universal parecía un objetivo común, de ahí el «indigenismo»; el que, a pesar de las diferencias nacionales y

raciales, la lengua venía a darles unidad. En fin, todo aquello que les unía y que —se creía entonces— podía llevar a «una comunión de pueblos de habla hispana», que diera «universalidad al pensamiento hispano-americano».

En esto se insistió durante muchos años, pero poco a poco fue perdiendo fuerza ya que la insistencia llevó a la sospecha —y, en el fondo, quizá realidad inconsciente— de cierto paternalismo con raíces coloniales. Sobre todo que ningún pueblo en América es más susceptible que el mexicano.

Por otra parte, era un poco ingenuo creer en la restauración de la unidad hispánica simplemente porque un selecto grupo de españoles, por muy numeroso que fuera, estaba allí para realizar tal sueño.



Miles de hombres y mujeres que habían salido de España tras la derrota republicana, no volvieron jamás a su tierra. Un ejemplo entre tantos: el poeta Pedro Garfías, cuyo entierro recogemos.

Cuando estos intentos mostraron su esterilidad, los refugiados con mentalidad universalmente hispánica tuvieron la impresión de que «su misión» de exiliados perdía pie, y se agarraron a «la deuda eterna con México» para seguir manteniendo su fe en algún quehacer, en su propia utilidad y en un norte a donde dirigirse para resolver sus propios problemas emotivos e idealistas.

A medida que el exilio se alargaba y que las soluciones polí-

ticas desaparecían una después de otra, el exilio político se fue convirtiendo en exilio económico. Como tal, y como labor cultural, fue un éxito; pero políticamente fue un desastre.

Y aunque en todo tiempo estos refugiados sostuvieron que «España no se ha muerto. La vivimos nosotros», su entusiasmo fue decayendo y sus objetivos cambiando.

Así los exiliados fueron uniendo sus esperanzas personales y misionarias a Méxi-

co, aunque con el corazón en España.

Y Pedro Garfias escribía en «España Peregrina»:

«Qué hilo tan fino, qué delgado junco de acero fiel, nos une y nos [separa con España presente en el [recuerdo, con México presente en la [esperanza».

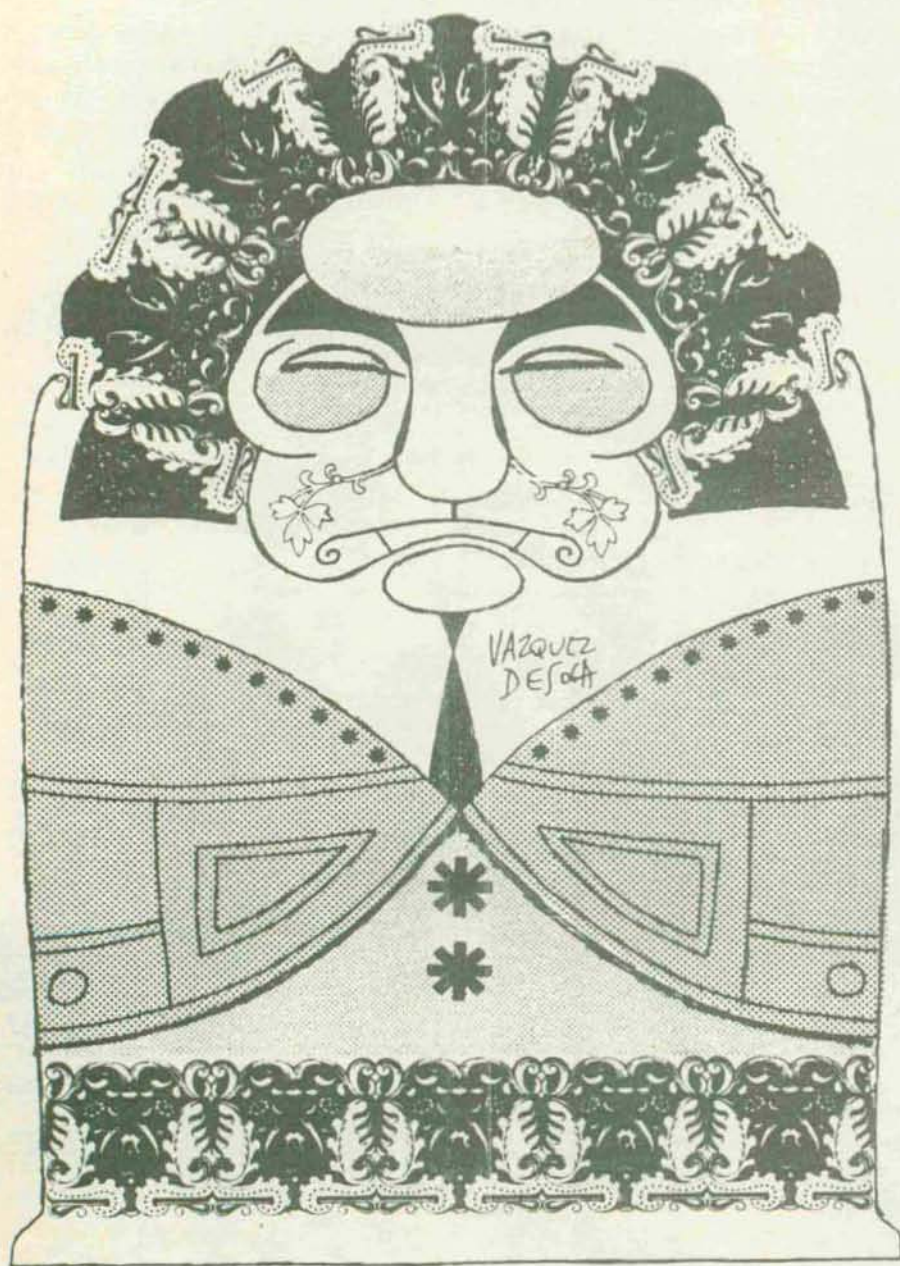
No sé si por adaptarse o por sentirlo de verdad (yo no dudo de su honradez intelectual), José Gaos estuvo entre los primeros en estimar que una cierta «mexicanización» favorecería tanto a México como a España para mejor enlazar ambos países en un idealismo de justicia y libertad. Para él, México y España eran más un doble país que dos naciones diferentes; de ahí el considerarse «transterrados» y no «desterrados»; «empatriados» y no «expatriados».

Siempre presente el sueño de la unidad, el sueño de resolver la decadencia a la que nos arrastró la pérdida del imperio.

Es evidente que nadie descubrió América como los «transterrados», ni nadie dio tanto a América como ellos. Es verdad que en el fondo lo que buscaban era sentirse, en la medida de lo posible, en su España; de ahí su afán de comunión hasta con los indígenas. El deseo de sentirse en casa les llevó al deseo de compartir lo que, de hecho, no era más que aceptar un domicilio.

Por otra parte, lo que «descubrieron» en América les produjo tanto entusiasmo como el sentido siglos antes por otros españoles.

Vieron en seguida el potencial que esa América encierra, y eso les hizo sentirse necesarios para continuar la obra que los primeros habían iniciado al descubrir el Nuevo Mundo. De ahí su sentido de «misión»,



Según Octavio Paz —a quien Vázquez de Sola retrató de esta manera—, «México tiene una deuda de gratitud con el español José Gaos, el maestro de la joven inteligencia mexicana».



Pese a los años transcurridos, los republicanos exiliados no dejaron de conmemorar la fecha histórica del 14 de abril de 1931. Cuarenta años justos después, se celebraba esta comida conmemorativa.

que los mexicanos consideraron, o sospecharon, paternalismo; pero que nosotros llamamos quijotismo.

Para mí, una cosa es cierta: los exiliados hicieron más por la expansión cultural española y la hermandad espiritual entre los países de habla hispana que siglos del muy decantado «hispanismo».

Esto aún no se ha calibrado bien en España, sobre todo porque la propaganda franquista tendió a presentar a los refugiados como indeseables en los países de adopción.

Con los años, la muerte empezó a diezmar las filas de los esperanzados, y los entierros empezaron a ser los más amplios motivos de reuniones amargas. Así, con motivo de la muerte de José Moreno Villa, León Felipe escribía:

**«Ya no tenemos los españoles
[desterrados
otra moneda para pagar nues-
tras deudas que
la elegía y el lamento.
Todos se van».**

Luego, la esperanza empezó a centrarse en los hijos, en su educación, su futuro, su asimilación al país.

Lo malo, lo difícil, fue que los españoles se adaptan muy problemáticamente a otros países y los mexicanos resisten la asimilación de influencias externas.

Sin embargo, y aun deseando para sus hijos una pronta adaptación, ya que en realidad México ofrecía más posibilidades que España, con muchísima frecuencia se unía a su frustración política el lamento de haber fracasado también con sus hijos, por no haber sabido infundirles un

mayor sentido hispánico como raíz cultural y de identidad.

Por su parte, esos jovencitos que se hicieron hombres en México siguieron muy diferentes direcciones; pero, en general, predominó el sentimiento que tan bien expresó Luis Rius: *«Somos hombres fronterizos. La nuestra es una generación confusa».*

A pesar de que la mayor parte hicieron un esfuerzo por «mexicanizarse» totalmente, siempre se sintieron orgullosos de su origen español y algunos, los menos, hasta preservaron su acento con la pronunciación de la Z, para mejor manifestar su origen.

El mexicano medio siempre consideró esta pronunciación como ficticia y pretenciosa; lo que, naturalmente, limitó el

número de los que sentían el orgullo de continuarla.

Esa situación de tirantez entre «españolismo» y «mexicanismo» la resolvieron, no sin dificultad, en favor del «mexicanismo». Sin embargo, España siempre estuvo presente; sobre todo, en los que se dedicaron a las letras. Así crearon sus propias publicaciones con nombres como «Presencia», «Clavileño», «Segrel».

Su estilo y sus temas reflejaron, desde un principio, cierta madurez quejumbrosa, aunque muy combativa, por lo que fueron calificados de «jóvenes viejos».

Naturalmente, la tragedia de sus padres y el sentimiento de frustración sentido en casa les hizo pasar una experiencia, no vivida, a través de sus padres. Lo que, por otra parte, les mantenía anclados a España, aun no queriéndolo.

¿Cómo vieron los mexicanos la labor realizada por estos españoles? No sé si debe sorprender el que uno de los mejores escritores mexicanos, Octavio Paz, dijera lo mismo que León Felipe al referirse a México: «México tiene una deuda de gratitud con el filósofo español José Gaos, el maestro de la joven inteligencia mexicana». Luego, y en diferentes ocasiones, extendió esta misma expresión de gratitud a todos los intelectuales españoles.

Entre el profesorado español y el mexicano nunca existió el menor roce. Y desde el momento en que tan prominentes figuras como Alfonso Reyes (2), Jesús Silva Herzog, Daniel Cossío Villegas, Antonio Martínez Báez y otros iniciaron la venida a México y su establecimiento en la Casa de España y otras instituciones universitarias mexicanas,

(2) Véase *TIEMPO DE HISTORIA*, núm. 36: «México, en el recuerdo del exilio», por Carlos Sampelayo.

hasta hoy, nunca se produjo el más ligero incidente.

El respeto entre ambos grupos y el tacto mutuo fue una de las características más destacadas en estas relaciones.

Nadie encontrará en un artículo o un libro —y se han escrito muchos— una queja o una alusión impertinente contra un solo profesor español. Ni tampoco los españoles manifestaron lo contrario.

Esto no quiere decir que, en privado, no hubiera una ligera amargura por parte de los españoles que, a la larga, consideraron que sus esfuerzos no eran apreciados en su justo valor.

Por parte mexicana, y también en privado, nunca se aceptó que la presencia española fuera capital y viniera a innovar lo que, más tarde o más temprano, hubiera ocurrido igualmente por sus propios medios. Eso sí, el reconocimiento fue unánime en cuanto a la tremenda ayuda y empuje dado a la cultura mexicana en tan corto tiempo.

En síntesis, consideraron la oportunidad del momento más como catalizadora de un proceso inevitable que como inicio e innovación de unos métodos e ideas en el desarrollo cultural-universitario.

En general, y ampliando la apreciación a toda la emigración, los mexicanos juzgaron, y juzgan, el éxito de la operación «refugiados» en la medida de la integración de éstos.

En verdad, los mexicanos nunca han visto muy bien la multiplicidad de partidos e incluso casas regionales, porque, en el fondo, esto operaba en contra de la asimilación y en favor de mantener vivo el espíritu español. Las casas regionales las ven bien como entes más o menos... folklóricos, pero no como guardadoras de

sus raíces de origen. Y, naturalmente, esto es perfectamente comprensible.

Finalmente, es muy discutible si los mexicanos, en su gran mayoría, aceptaron de muy buen grado la venida de los refugiados en razón de su pasado y su origen cultural, y en gran proporción racial, o si sus simpatías se dieron en razón de una tradición liberal y revolucionaria que produjo la Revolución mexicana en este mismo siglo. La enemiga general a los «gachupines», que representan ese pasado colonial y reaccionario, en contraste con la acogida amistosa a los «otros españoles», parece indicar un sentimiento de solidaridad hacia los luchadores de la libertad, en su amplitud universal.

Fuera por las razones que fuesen, la actitud de México para con la República y los republicanos derrotados fue simplemente magnífica y de una generosidad extraordinaria.

Hubo gestos sin paralelo alguno en la historia de los pueblos. Por ejemplo: cuando Azaña cayó en Francia enfermo y sin recursos, Luis Rodríguez, cónsul mexicano, fue a visitarle, tomó a su cargo todos los gastos y designó dos oficiales del Ejército para su protección. Y al morir, su cuerpo fue velado en casa del cónsul. Este solicitó de las autoridades de Vichy que en los funerales, así como sobre el ataúd, figurara la bandera republicana española. Al negarse Petain, que incluso impidió, con la Policía, la asistencia al entierro, Rodríguez envolvió el ataúd con la bandera mexicana y condujo del brazo a la viuda hasta el cementerio.

Negrín pudo salir de la Francia ocupada con un pasaporte diplomático mexicano a nombre de Alfonso Castro Valle.

A comienzos de 1941, el Gobierno mexicano alquiló dos grandes palacios cerca de Marsella: el Château de Reynarde, para hombres, y el Château Montgrand, para mujeres y niños, donde albergaron unos 2.500 refugiados españoles, facilitándoles toda clase de cuidados y alimentación. Se calcularon los gastos mensuales en 383.000 francos. En Montauban establecieron un centro para los mutilados.

Incluso en la zona ocupada, la embajada y cuerpo consular se las arreglaron para pasar subsidios a los refugiados.

Aunque hay documentos que parecen probar que estas enormes cantidades de dinero eran facilitadas por el Gobierno mexicano, también hay suficiente evidencia de que la JARE proporcionó la mayor parte. Tanto es así, que cuando los nazis ocuparon la legación mexicana en Vichy encontraron 7.000.000 de

francos, que aparecían como siendo de la JARE.

En 1940, México firmó un acuerdo con el Gobierno de Vichy, en el cual se comprometía a «**recibir todos los refugiados españoles que se encontraran en Francia, sus colonias y sus protectorados, sin discriminación de sexo, edad, religión o credo político, provisto que expresen el deseo de emigrar a México**».

El mayor inconveniente fue la falta de barcos y la inseguridad a causa de la guerra.

Otro inconveniente sería que, a pesar del acuerdo previo, el ministro francés del Interior prohibió la salida de Francia de los españoles comprendidos en edad militar; es decir, de 18 a 48 años. Este decreto apareció en marzo de 1941.

Otra complicación más fue que México rompió sus relaciones con Vichy el 9 de noviembre de 1942 y que, ade-

más, nadie podía salir de Francia sin la aprobación de sus autoridades.

Todo esto demuestra, aunque someramente, que el mejor amigo de la España republicana fue México. Y un día toda España así lo reconocerá.

Ahora que España vuelve a la democracia, esos exiliados regresan a España con cuentagotas, para ver, sin duda con mucho dolor, que su presencia no es tan necesaria como creían, y que incluso se sienten extranjeros en su propia tierra. Y hasta es posible que su amargura les haga recordar a León Felipe, cuando decía:

«Muertos, seguiremos caminando por el lado opuesto de la Patria». * ■ J. G. D.

* Finaliza aquí el texto íntegro de la conferencia pronunciada por Juan García Durán en la Universidad Complutense de Madrid el 19 de octubre de 1977.



Colocando por encima de todo interés de Estado la solidaridad con la España republicana, México mantuvo durante cuatro décadas su reconocimiento al Gobierno de la República en el exilio. Este encuentro de hace unos meses entre Valera y López Portillo marcaría la cancelación de dichas relaciones.